

Bastaría con una palabra: disciplina. La Falange ha demostrado una vez más que no caben concesiones al desorden, a la algarada y al disturbio cuando está en juego la vigencia de una doctrina que postula una *transformación radical y profunda* para España. Y cuando una bien programada campaña de descrédito pretende anular la capacidad de convocatoria de un pensamiento todavía inédito, en buena parte, y con la suficiente virtualidad para asumir un *cambio trascendente y definitivo*. La Falange ha estado, una vez más, en su puesto.

El millar de falangistas que ayer despidió las coronas que fueron depositadas esta mañana en el Valle de los Caídos dió testimonio, con su silencio, con su oración, con sus canciones, del estilo sobrio, preciso, ajustado, que impregna todas las vertientes del nacional sindicalismo. Nu hubo discursos ni presencia ruidosa, porque en la mente de todos permanecía el alcance de un compromiso de acción de doble vértice. Este año, por primera vez, fueron dos coronas las que partieron, en dura comitiva, hacia Cuelgamuros. Allí, dos tumbas, dos vidas paralelas, dos estandartes de un mismo propósito de servicio como centro de una coincidencia sustantiva.

La presencia de las primeras autoridades provinciales puso de relieve otra coincidencia. Todos, encabezados por Juan José Rosón Pérez, gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, proclamaron la mejor verdad de la Falange cuando cantaron, al unísono, el Cara al Sol, brazo en alto. Además del presidente de la Diputación, José Martínez Emperador; subjefe provincial del Movimiento, Luis Fernando de la Sota; y delegado provincial de la Juventud, Diego Mayoral de Elizagárate, asistió el lugarteniente de la Guardia de Franco, Luis Soriano. Junto a la explanada del Arco del Triunfo, el Padrenuestro por los Caídos tuvo una resonancia múltiple y compartida. Por primera vez, sin embargo, la silueta del Colegio Mayor José Antonio aparecía distante, sumergido en la sombra de la noche.

Apenas transcurridos unos



El millar de asistentes cantó, brazo en alto, el Cara al Sol.

Un millar de falangistas asistió a la salida de las coronas para el Valle de los Caídos desde el Arco del Triunfo

UNA LECCION DE DISCIPLINA Y DE FIDELIDAD

minutos después de las once, la comitiva inició una marcha rápi-

da descendiendo por la carretera de La Coruña, en perfecto orden, precedidos por un automóvil con la bandera nacional, mientras se entonaban canciones como «Yo tenía un camarada». Fuerzas de la Policía Armada realizaron un considerable despliegue en torno a la Moncloa y a lo largo del trayecto, hasta Puerta de Hierro, pero en ningún momento fue necesaria su intervención. Muy al contrario, muchos de los falangistas que acompañaban a las coronas saludaban a las unidades de Orden Público brazo en alto. Si alguien esperaba, con evidente mala intención, rentabilizar este sencillo homenaje de la Falange madrileña a José Antonio Primo de Rivera y a Francisco Franco como medio para descalificar, por «revoltosos», a quienes sienten el grave compromiso de expresar públicamente su fidelidad política, habrá quedado notoriamente sorprendido.

Como siempre, la Falange no preguntó a ninguno de cuantos allí estaban de donde venían ni lo que pretendían. No hace falta ninguna credencial para sumarse a la memoria de dos hombres que son patrimonio colectivo de todos los españoles. Tan solo averguenza pensar cuantas traiciones culpables, cuantos silencios interesados, y cuantas omisiones hipócritas se han arropado durante muchos años bajo la generosa cobertura de un ideal sincero rubricado con la sangre y la entrega de millares de camaradas.



Asistieron el gobernador civil, lugarteniente de la Guardia de Franco, presidente de la Diputación y subjefe provincial del Movimiento.



A hombros de militantes de organizaciones del Movimiento salen las coronas para el Valle de los Caídos.

JASA
(Fotos: Pilar MOZO)